

Nº

52

20-26 DE MARZO DE 1979

LA CALLE

Elogio desmedido de... Salvador Espriu

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuando alguien se decide a meterse en la tarea de explicar —y explicarse— y transmitir sus inquietudes, deseos, esperanzas o desesperanzas, y a innovar, además, las formas de expresión corriente, la cuestión no se le presenta fácil. Pero si encima lo hace trasladando los problemas de escala, escribiendo sobre un pequeño mundo semiinventado (Sinera, o Arenys, leído de atrás adelante, población de la costa del Maresme barcelonés), y empleando un idioma sometido, en los años posteriores a la última guerra civil, sometido y reprimido hasta límites inconcebibles, y después de todas estas “facilidades” sale airoso, ese alguien es verdaderamente alguien: es Salvador Espriu.

Conseguir que sus ideas y su complejo mundo llegaran, incluso, al gran público a través, sobre todo, del teatro y de la música puesta a sus poemas, implica un grado de identificación muy alto con los deseos y las frustraciones colectivas del pueblo catalán.

El trabajo de Salvador Espriu, además de maestría y dedicación, supuso también valentía.

Sé que llamar valiente a Espriu hará sonreír a muchos, que le tienen por hombre apo-

cado, e incluso a él mismo, al que horroriza el tipo carpetovetónico de “valiente”, que seguro identifica con el chulo, torero, bandido o macarra. Pero el valor admite también otras acepciones, una de ellas la de no abdicar de los ideales que se profesan, y la lucha del valeroso puede darse en la calle o escribiendo y publicando obras que atenten contra la raíz de un poder injusto. Más mérito el suyo, en este sentido, pues para tal tarea no le acompañó ni su menguada salud ni su carácter, de una labilidad nerviosa tremenda, ni su retraimiento ni su pesimismo casi catástrofista a escala planetaria.

Mientras la literatura catalana en catalán —aclaro para los confusos— no fue conocida —en traducciones, claro— fuera del Principado, no pudo calibrarse el auténtico valor de la obra de Salvador Espriu, que daba, además, fe de vida de su país y de su idioma. Espriu fue el primero en romper el hielo del desconocimiento mesetario hacia los problemas de Catalunya, y después del asombro y la emoción que produjo **La pell de brau** (**La piel de toro**), ya todo fue menos difícil para él y para otros escritores catalanes.

Los que hemos vivido los años más duros

del gobierno del **Generalísimo** junto a los escritores catalanes, no olvidaremos nunca el testimonio, no sólo de la obra, sino también personal, de Salvador Espriu. De las muchas ocasiones en que he charlado o coincidido con él recuerdo ahora dos de ellas, no relacionadas directamente con la literatura. En la primera, había ido yo a su casa a pedirle la firma para uno de los muchos escritos de protesta contra alguna actuación del Gobierno, escritos cuya única respuesta solía ser una multa o una detención. Espriu, al verme llegar con la carpetita de marras, no me dejó ni hablar: “¿Usted cree que debo firmar? ¿Sí? Pues lo firmo, lo firmo, pero no me diga lo que pone el escrito, me pongo nervioso, ya sabe”. La segunda ocasión me sitúa en un despacho de la Jefatura Superior de Policía, esperando a mi interrogador de turno. Al otro lado de la mampara, en el cuartito contiguo, escuché la agria voz de Espriu: “No señor, no. Escríbalo como lo dicto. No he dicho, dos puntos, afirmo que, coma, que... He dicho, dos puntos, afirmo, coma... Si la declaración no está bien redactada, comprenderá que no la puedo firmar”. Espriu, es usted un inefable valiente, aunque le pese. ●